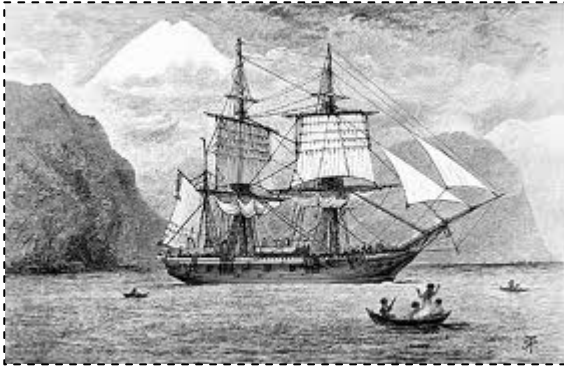


## ***DARWIN: eminente naturalista y ameno narrador***



HMS Beagle

Las teorías filogenéticas de Charles Robert Darwin (12 de febrero de 1809 – 19 de abril de 1882) expuestas a la consideración del público en 1859 bajo el título de *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races* y después en 1871 (*The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*) suscitaron, como las de otros célebres estudiosos nacidos en el “siglo del Progreso”, las más candentes controversias. Al conmovier situaciones y creencias que parecían sólidamente establecidas (o los últimos restos de ellas), dichos hallazgos fueron arma y blanco inmediatos de polémicas que duraron más de cien años hasta ingresar al estado latente de semiaceptación o “superación”.

No como partidarios o adversarios de sus teorías evolucionistas reimprimimos aquí algunos fragmentos darvinianos, sino por curiosidad humana hacia su persona y su tiempo, a la que añadimos respeto por su prosa escueta y de ningún modo árida. Y no fuimos a buscar estos trozos textuales en los célebres libros arriba citados, sino en uno anterior editado con el título de *Journal of Researches During H.M.S. Beagle’s Voyage Round the World*, donde a la fascinación que suelen despertar los relatos de viajeros se añade, para gentes de nuestras latitudes, el interés de comprobar cómo eran vistos hacia 1830/40 las tierras y los habitantes de un país (el nuestro) que no acertaba a constituirse como nación. Tal vez se contraarguya, con razón, que ni siquiera hoy lo estemos logrando, y hasta existen suspicaces que ven en expediciones exploratorias como la de *Her/His Majesty’s Ship Beagle*,\* entre otras, una de las causas que nos lo impidieron siempre.

- Una *briggsloop* (o bergantín), botada en 1820; medía 27 m de eslora y 7,5 m de manga. La 2ª expedición de la *Beagle* fue iniciada el 27 de diciembre de 1831, circunnavegó los mares de la Tierra y finalizó su itinerario en Falmouth el 2 de octubre de 1836.- Esta navegación no se vincula de modo directo con el arribo de la fragata inglesa *Clio* a Pto. Soledad el 2 de enero de 1833, pero confirma el renovado interés de Londres por explorar los más convenientes puntos para establecer bases de reaprovisionamiento y control en la ruta marítima hacia Oceanía.-

Resentimientos históricos aparte, en esta transcripción no inferiremos a nuestros lectores el agravio intelectual de suavizar juicios ni enmendar expresiones (tales como *salvajes*, *razas*, *despojos de humanidad*, entre otras) que hoy levantan polvaredas de indignación; recordamos que Darwin tenía 30 años de edad cuando las publicó por primera vez, y algunos menos al redactar sus notas y apuntes. Años después (1859 y 1871) dará a la imprenta obras que asestaron bofetadas aún más duras, no ya a los primitivos sino a la infatuada humanidad como conjunto. Los juicios y expresiones vertidos por el joven naturalista al toparse con formas de vida humana muy diferentes de la suya reflejan, a buen seguro, sus propios prejuicios y los de la sociedad en la que fue formado, pero entendemos no autorizan a vituperar como “racista” a su autor y mucho menos a motejar con ese término la teoría de la evolución de las especies, cuyos primeros datos observacionales parecen haber sido recogidos en el curso de la expedición con la *Beagle*.

Como antecedentes del viaje de Darwin en la *Beagle* citemos que obtuvo plaza en la nave tras gestiones azarosas. Después de siete años de enseñanza recibida en un colegio privado, donde sólo le interesaron la química y la geografía, inició estudios de medicina que lo familiarizaron con las ciencias naturales y que no finalizó. Experiencias extracurriculares como cazador apasionado y un barniz de cultura clásica en Cambridge, completaron su formación intelectual siempre suplementada por búsquedas propias. La lectura de relatos de viajes de Alexander von Humboldt despertó en Darwin el ansia de conocer otras tierras, y uno de sus profesores lo recomendó para incorporarse como naturalista a la expedición que emprendería Fitz-Roy a bordo de la *Beagle*. Tras algunos obstáculos logró ser admitido en la estrecha embarcación (240 toneladas de desplazamiento volumétrico), donde compartió una cabina de popa con el cartógrafo y era invitado a comer en la del capitán.

Cuando partieron de Devenport (27 de diciembre de 1831) aún no había cumplido Darwin 23 años de edad, y el capitán Robert Fitz-Roy era apenas tres años mayor. Este último acababa de regresar de un viaje de cinco años hacia la América austral, donde la *Beagle* a su mando y otro velero de más porte, el *Adventure*, naves de la armada inglesa, habían efectuado tareas de reconocimiento costero con fines cartográficos y “políticos”. Las causas que lo obligaron a partir casi de inmediato pueden resumirse como sigue.

En la lucha que los dos bandos políticos ingleses, los conservadores (*tories*) y los liberales (*whigs*) tenían entablada en torno del poder, los últimos habían accedido al gobierno en 1830. Ya fuese por humanitarismo, ya por interesado acatamiento a cambios en la opinión pública mundial, y en última instancia porque el funcionamiento coherente del exitoso sistema capitalista requería la eliminación del trabajo esclavo y su completo reemplazo por trabajadores asalariados libres, los *whigs* propugnaban el reconocimiento pleno del abolicionismo esclavista mientras que los *tories*

seguían convencidos de la necesidad de “proteger y civilizar” a los pueblos de otras razas, explotándolos colonialmente en sus propios países y llevándose sus productos.

Ahora bien: el capitán Fitz-Roy era de pura cepa nobiliaria, proclive a adherir al punto de vista *tory*; su proveniencia quedaba reflejada en el propio apellido, pues “fitz” deriva del latín “filius” y “roy” del francés “roi” (rex = rey), considerándose su familia descendiente del Estuardo Carlos II. Cuando Fitz-Roy fue enviado a América del Sur en su primera expedición, no sintió escrúpulos en capturar a cuatro aborígenes fueguinos con la “noble intención” de exhibirlos, cristianizarlos y hacerlos educar como civilizados ingleses en la metrópoli. Uno de ellos falleció de viruela. Los tres restantes revelaban, en sus nombres de adopción, el modo y circunstancias en que fueron adquiridos. *York Minster* era oriundo de una bahía fueguina en cuya proximidad se alzaba un monte poco antes registrado en la cartografía con esa denominación, o sea “Catedral de York”. Los apodos de los otros dos recordaban el precio pagado por ellos a la tribu o grupo de origen. *Fuegia Basket*, una muchacha joven, fue dada en trueque por una hermosa canasta, en tanto que *Jemmy Button* costó a los ingleses un bello botón de nácar.

El joven Fitz-Roy no pudo prever, durante su primer viaje, que el “humanitario” gesto de llevar indígenas australes a la capital del imperio para iniciarlos en los “beneficios” de la civilización iría a suscitar reproches en el nuevo gabinete *whig*. El flamante gobierno, ante la difusión pública que había adquirido el asunto de los involuntarios inmigrantes, decidió enfrentarlo con medidas que aleccionaran acerca de los nuevos vientos políticos vigentes. En lugar de ser felicitado en el Almirantazgo (donde poco antes había obtenido el grado de capitán), tuvo que presentarse en el Ministerio del Interior como eventual autor de un delito. Recuérdese que la trata de esclavos había sido legalmente vedada en 1806.

Pero el ministro del ramo encontró para el caso una solución mucho más pragmática que la de dar largas al asunto con un ruidoso proceso judicial: previa aprobación del Almirantazgo, conminó al capitán Fitz-Roy a devolver a los indígenas a su lugar de origen, para lo cual el joven oficial recibiría el uso de la barca *Beagle*, cuyos costos de reparación, equipamiento y salarios de tripulantes correrían de su exclusiva cuenta. Feliz de eludir sanciones legales que pudieran lesionar su honor y perjudicar su carrera, el capitán aceptó el ofrecimiento, que para su patrimonio no significaba gran detrimento y para su experiencia sólo era el renuevo de una misión ya cumplida antes.

A los pocos días se enteraría de que el Almirantazgo le reservaba una tarea mucho más gravosa que la de retornar con sus queridos indígenas a Tierra del Fuego y depositarlos allí. Debía registrar en forma detallada y actualizar, desde puntos de vista cartográficos y estratégicos, todos los puntos costeros que la nave fuese recorriendo y en los cuales Inglaterra tenía o pudiese tener interés, inclusive lo concerniente al Imperio del Brasil, a las Provincias Unidas del Río de la

Plata, a la Patagonia y a las islas Falkland, donde las autoridades de Buenos Aires ya habían puesto la mirada. Pero no se detenía ahí su misión: debía proseguir la misma tarea de reconocimiento en un largo viaje de circunnavegación del globo.

Fitz-Roy tragó saliva y dijo “a la orden, mi Almirante”. Todavía objetó que sus “protegidos” indios fueguinos recaerían, al llegar a su tierra, en la barbarie y el abandono espiritual de que habían salido; se le respondió que llevase en la expedición a un sacerdote que velase por ellos y procurase erigir en esas zonas una misión cristiana. El imprevisible alargamiento del viaje determinó que los mayores costos de avituallamiento y exploración fueran asumidos por la Corona. Entre otros, los de subsistencia del naturalista que viajaría a bordo.

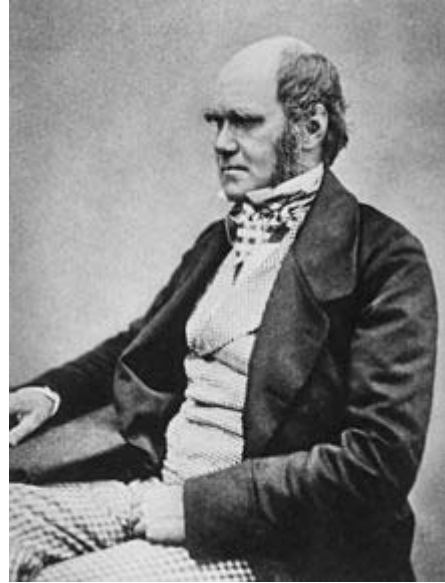
Aunque lo había conocido antes de modo superficial, no complacía del todo al reivindicado Fitz-Roy tener que llevar en su barca a este bachiller y zoólogo aficionado de veintidós años, de aspecto nada sagaz y para colmo simpatizante de los *whigs*. Pero a bordo se entendieron bien, comían juntos, el más joven respetaba al mayor como capitán y como persona, por más que a menudo discutieran vivamente acerca de la esclavitud y otras ideas en boga en una Europa que iba modernizándose al ritmo del capitalismo.

A fines de diciembre de 1831 zarpó la *Beagle* con rumbo hacia Santa Cruz de Tenerife y las islas de Cabo Verde. Las notas de Darwin revelan un acusado interés por todo lo que impresionaba sus sentidos, desde personas y situaciones hasta detalles geográficos, biológicos y climáticos, los cuales procuraba describir con objetividad y en lo posible con mención de sus aspectos cualitativos y cuantitativos.

Los tres pasajeros indígenas no aparecen mencionados en los apuntes de Darwin sino cuando la nave estaba a la altura de Tierra del Fuego. A partir de allí se aportan noticias sobre la recepción de los ingleses por parte de nativos de la zona, y algunos usos y costumbres de éstos. Al llegar a la bahía de Ponsonby, patria del ahora crecido y “civilizado” Jemmy, encontraron su grupo de pertenencia originaria. A pedido de los otros dos nativos y del misionero, los desembarcaron junto con Jemmy. Continuando la exploración costera, la *Beagle* regresó dos veces al sitio donde el notable trío y su mentor espiritual se habían instalado. Detalles sobre estos reencuentros y reflexiones del autor acerca de los seres primitivos que habitaban la zona, no integran el pasaje que se publica a continuación. Su enorme amenidad e interés amerita una lectura en el original. Queden las reflexiones a cargo de cada lector. Algunos **intervalos textuales** en el fragmento reproducido obedecen a la necesidad de economizar espacio y a la índole en cierto modo “técnica” de las partes omitidas.



Ch. Darwin as a young man



Darwin at the age of 40